

# Pájaro

Mary Oliver

“Los ojos son la luz del cuerpo”.

Mateo 6:22

Una mañana de diciembre, hace muchos años, llevé de la playa a la casa una joven gaviota atlántica que estaba herida. De hecho, era la mañana de Navidad y hacía un frío que calaba hasta los huesos, lo cual puede justificar mis acciones. Es común que las gaviotas se lastimen; las fauces de la naturaleza las reciben de nuevo implacablemente; el recobro de la salud y la libertad casi nunca justifica un rescate. Y esta gaviota estaba cerca de esas profundas fauces; no se quejó cuando la levanté, sus ojos estaban entrecegados, su cuerpo estaba tan hambriento que parecía que no había nada en él mas que aire.

Una tina es un lugar conveniente y fresco para poner a un ave lastimada y durante el resto del día ahí se quedó esta gaviota, sobre su costado. A la mañana siguiente, sus ojos estaban abiertos y se sentó, aunque con torpeza, muy erguida. Levantó la cabeza y tomó sorbitos de agua de una taza. Era una elegancia destrozada, gravemente herida; el hueso externo de una de las alas estaba roto, la otra ala también estaba lastimada. Supusimos que se había lastimado y no podía volar y que la atacó un perro o un coyote en la playa. En otras palabras, estaba derrotada.

Sin embargo, al siguiente día aceptó comida, unos cuantos pedacitos de bacalao fresco. La comida le dio fuerzas y se avispó rápidamente, a pesar

de sus heridas. Los músculos de su cuello y pecho estaban fuertes, su mirada brillante y clara. M. y yo le hablábamos, nos veía directamente. No mostraba temor ni hostilidad y en seguida nos dimos cuenta de que no le gustaba estar sola.

Le acomodamos un espacio, acolchado con varias toallas y toallas de papel, atrás de una puerta de vidrio que da a nuestra terraza y al puerto. Era evidente que también tenía la pata herida; se ponía de pie, pero no podía caminar. En los primeros días una pata rosada se puso negra y se debilitó, con los días le pasaría lo mismo a la otra pata. Cuando eso sucedió le construimos una percha para para que pudiera seguir viendo hacia afuera. Al final del día, cuando oscurecía, la volteábamos para que viera hacia la habitación, para que pudiera ser parte del atardecer.

Amaba la luz. En las mañanas cuando bajaba las escaleras medio a oscuras, la encontraba ansiosa por que abriera la persiana y la volteara para que pudiera empezar a observar. Movía lentamente la cabeza de un lado a otro, una y otra vez, contemplando lenta y profundamente. Durante los coloridos atardeceres de invierno, al ponerse el sol, también desviaba completamente su atención de nosotras y se enfocaba en el mundo.

Para comprender esto, necesitan saber que en otras ocasiones tenía un gran interés en nosotras y observaba con una hermosa curiosidad todo lo que hacíamos. Una mañana se me cayó por accidente un pliego de papel navideño a un lado de ella y la vi picotearlo. Diligente y persistentemente intentaba quitarle el gorro a la figura de Santa Claus en el papel. Después de eso inventamos juegos: yo dibujaba imágenes —de peces, lombrices, de arañas patonas, de hot dogs— las cuales picoteaba con una intención particularmente alegre. Como no tenía hambre, su intento fracasado de levantar la imagen no parecía frustrarla sino divertirla. A los juegos integramos el lanzamiento de plumas, con plumas de cuervo. Yo la lanzaba con la mano, ella con su enorme y hábil pico. Dejamos a su alcance un tazón de arena y otro de agua y así comenzaron más tonterías: yo salpicaba agua con el dedo, ella, otra vez, la seguía con su pico enérgico, arrojando el agua del tazón, haciéndola salpicar en todos lados. Sus ojos brillaban. Le dimos un peluche —un león de hecho— y suavemente le picoteaba la nariz roja y se recargaba en él para dormir.

Tuvimos otros momentos de euforia y diversión. Cada mañana llenábamos la tina y la gaviota tomaba estrepitosos baños, sumergía su cabeza moteada

y golpeaba el agua tanto como podía, agitaba sus hombros y sus alas se abrían un poco. Después, sobre una isla de toallas, en el sol de la mañana, se acicalaba lenta y asiduamente. Algunos días sin viento se sentaba en la terraza, un espacio sin problemas y lleno de brillo. Cuando la llevábamos ahí graznaba de la emoción.

Sin embargo, no importa cuánto me esfuerce en contar esta historia, en realidad no fue así. La gaviota era una vida pequeña pero elegante, cortés, paciente, sensible y, además, estaba muy herida. Si existe una certeza sobre los músculos es que necesitan ejercitarse. Y esto era algo que la gaviota de ninguna manera podía hacer. Al mismo tiempo que recobraba receptividad y comía más de lo suficiente, se debilitaba. La herida del ala había cicatrizado, pero la otra pata se empezaba a debilitar. Cada vez agitaba menos las alas durante el baño. No perdía el interés por jugar, pero cada vez estaba un poco más débil. Por lo tanto, estaba en una situación imposible. Y nosotros estábamos en una situación cada vez más difícil. ¿Cómo decirlo? Nos habíamos encariñado. Nos encontrábamos en esa situación peligrosa: nos habíamos encariñado.

Intentamos matarla con pastillas para dormir, pero solo durmió durante mucho tiempo, muchas horas, luego despertó con el brillo de siempre. Decidimos que la naturaleza es sabia y la llevamos de vuelta al agua y la liberamos a la deriva, pero se hundió así que nos metimos al agua y la agarramos, escurriendo mientras la llevamos de regreso a casa.

Pasó enero. Cuando llegó febrero comía vorazmente, ensuciaba por todos lados, sobre las toallas de papel que le pusimos y alrededor de ellas. Para entonces ya se sabía las rutinas del día y mostraba un entusiasmo vigoroso por satisfacer su anticipación. Vino una tormenta del sureste y encontré a lo largo de la playa un banquete de almejas; comió hasta que se le adormilaron los ojos. La parte rota de su ala le colgaba de un tendón; la cortamos. Literalmente se le cayó la pata marchita, junto con la primera parte del hueso de la pata, así que era una gaviota con una sola ala y una sola pata. Sin embargo, seguía aún paciente, atenta.

A veces llegaban visitas. Le gustaba que le acariciaran la cabeza, que le alborotaran las plumas y que luego se las alisaran— algo que una gaviota con dos patas puede hacer por sí misma. Jugaba con su tazón de agua. Abría su gran pico en busca de una pluma, luego la lanzaba al suelo. Le gustaban los aplausos.

¿Sentía dolor? Nuestro doctor, que vino a verla, dijo que no. ¿Hicimos bien o mal en extender sus días? Ni siquiera ahora lo sabemos.

Algunos días estaba inquieta. Entonces la llevaba conmigo al cuarto donde escribo y pongo música –Schubert, Mahler, Brahms. Pronto se quedaba en silencio, y con la cabeza agachada se quedaba ensimismada.

Sin embargo, continuaba la agresiva labor de morir, incluso en el cuerpo silencioso. Ya había pasado mediados de febrero. Cuando la levantaba los músculos del pecho estaban tan delgados que temía por la delicada piel de la cresta del hueso. Y aún así sus ojos estaban llenos de chispas de alegría.

Era, por supuesto, un pedacito de cielo. Se veía en sus ojos. Esto no es un hecho; es la otra cara de saber algo, cuando no hay pruebas, pero tampoco cabe ninguna duda. Imaginen abrir la tapa de un frasco y descubrir que no está lleno de oscuridad, sino de luz. La gaviota era así. Deslumbrante, elegante, llena de vida.

El día que sabíamos que llegaría por fin llegó, era terrible ver sus ojos apagados. Un día a finales de febrero bajé las escaleras, como siempre, antes del amanecer. Después volví a subir, fui con M. Apenas empezaba a extenderse la mañana, sus delicados colores llegaban a todas partes. “Se murió la gaviotita”, le dije a M., mientras abría las persianas a la luz de la mañana.